

CAMPO VISUAL



CAMPO VISUAL

KATHLEEN JAMIE

TRADUCCIÓN DE PILAR VÁZQUEZ



VOLCANO

Título original: «SIGHTLINES»

© Kathleen Jamie, 2012.

Publicado originalmente en 2012 por Sort Of Books.
PO Box 18678, London NW3 2FL.

Primera edición en VOLCANO Libros: septiembre 2018

© de la traducción: Pilar Vázquez.

© de la presente edición: PÁPEL K Editorial S.L.

VOLCANO Libros

C/ Ávila, 1- 1ªA. 28231 Las Rozas, Madrid (España)

www.volcanolibros.com

Diseño de colección: Javier García

Diseño gráfico: Mikel Escalera

Maquetación: Sandra Rodríguez

IBIC: BM-WN-RN-WTL

ISBN: 978-84-947471-8-2

Depósito Legal: M-28083-2018

Impreso en Kadmos. Compañía, 5, 37002 Salamanca (España)

La traducción de este libro ha sido posible con la ayuda de Publishing
Scotland Translation Fund.

Publishing
Scotland

Foillseachadh Alba

La traducción se rige por el contrato tipo de ACE Traductores.

Todos los derechos reservados, incluidos los de reproducción total o
parcial en cualquier formato.

Este libro ha sido impreso en papel Natural de J. Vilaseca, un papel neutro
de noventa gramos, sin colorantes y respetuoso con el medioambiente. El
texto principal ha sido compaginado con la tipografía Adobe Caslon Pro
en cuerpo 12.

Para quienes visitan las islas.

ÍNDICE

Aurora boreal	9
Patologías	29
La mujer de crómlech	51
La colonia de alcatraces	79
Luz	95
La sala de las ballenas	97
Luna	123
Tres maneras de ver St Kilda	131
La cueva	161
La polilla de la urraca	169
En Rona	173
El paño europeo	203
Navegante	209
Viento	227
Agradecimientos	231

AURORA BOREAL

APENAS HAY ROMPIENTE, SOLO UNAS olitas que lamen los guijarros de la orilla. Así, para desembarcar, basta con llevar las zódiacs hasta la playa y saltar a tierra. Para ser exactos, más que de saltar, se trata de pasar las piernas sobre el lateral de las barcas hinchables y dejarlas caer al otro lado, idealmente entre una olita y la siguiente. Es importante no mojarse los pies; no tardarían en congelarse.

A lo largo de la costa se ven trozos de hielo blanco, traídos por las corrientes y las mareas. Una costa de hielo y huesos: todavía hay cazadores en estos parajes; más arriba de la línea del agua, la playa está sembrada con los cráneos y los espinazos blanquecinos de las focas y los unicornios marinos masacrados aquí mismo. Donde termina la playa y empieza la vegetación, hay un motor fueraborda abandonado, a punto de ser violentamente devorado por el óxido.

Mientras amarran las zódiacs, Polly y yo nos quitamos los chalecos salvavidas y los dejamos al lado del motor abandonado. Polly —no voy a dar su verdadero nombre— procede de Europa Central, y es mi compañera de camarote. He tenido suerte con ella y me gusta su compañía. Una especie

de risa triste, melancólica, acompaña a sus palabras, o, tal vez, es solo su acento.

Formamos parte de un grupo que ha elegido dejar el barco y venir a tierra con la idea de subir a una pequeña cresta rocosa, simplemente por contemplar la vista. *Vista*, sin embargo, es una palabra demasiado apacible para la escala, inmensa, desconcertante, de estas tierras, y para su nítida luminosidad. Quiero llegar a entender el lugar en el que me encuentro: un mundo completamente nuevo, un mundo de hielo. Estamos en una bahía. Hacia el este, en el mar abierto, iluminados por el sol de la mañana, los icebergs refulgen con un brillo rosáceo, el rosa de esos caramelos que llaman *nubes*. Han salido de los confines de los fiordos y flotan libres; las corrientes los arrastrarán hacia el sur y su lenta disolución. Otro iceberg, de un blanco deslumbrante, custodia la entrada de la bahía en la que está anclado el barco.

Polly y yo llevamos viejos plumíferos, el mío remendado con cinta aislante y gorros, guantes y botas. Una vez reunido el grupo, comenzamos la pesada caminata tierra adentro sobre unas plantas que no he visto en mi vida. Desde siempre me ha encantado la palabra *tundra*, con sus sugerencias nórdicas, de distancia y desolación, y supongo que lo que pisan mis botas son plantas de la tundra. La vegetación tiene los colores otoñales: rojizos, cremas, amarillos mostaza. Entre las rocas surgen sauces y abedules diminutos y también algo que podría ser uva de oso o gayuba. Entre las enmarañadas ramas horizontales de los árboles crecen líquenes y una especie de junco que se curva en el extremo, como los bigotes chamuscados de un gato. Estamos en septiembre. Al pisarlas, las plantas despiden un olor seco, herbáceo, que envuelve el aire cristalino.

—Mira, plumas. Esta, para ti —dice Polly.

Aunque había estado mirando las plantas del suelo, hasta que Polly se agachó y cogió una, no me di cuenta de que había

plumas por todas partes. Plumas de ganso, enganchadas en las hojas secas y en las ramitas, que la brisa cortante terminará destrozando. Y también sus excrementos. Los gansos —cientos de ellos, preparados para la partida— se habían reunido aquí hacía muy poco tiempo, posiblemente ayer mismo. Para mí, los gansos solo van hacia el norte, hacia algún lugar allende el horizonte. Pero esto es ese lugar. Desde aquí van al sur. Sin darme cuenta, levanto la vista y miro hacia el mar, donde brillan los icebergs, como si quisiera avistar la última bandada que alzó el vuelo con destino a Islandia y el continente. Pero en este gélido cielo azul no se ve nada.

Cruzamos la ondulada llanura de los gansos y empezamos la ascensión de la cresta. Somos como una docena, procedentes de Europa y de Estados Unidos. Turistas todos, todavía desconocidos los unos para los otros, que se cruzan unas palabras corteses, empezando a relacionarse, conociendo un poco de mundo: tal es nuestro privilegio, si eso es lo que estamos haciendo. Nos han indicado que nos mantengamos «detrás del rifle». Tenemos un guía, un joven biólogo danés, que lleva bengalas, para asustarlos, y una escopeta, como último recurso, por si aparecen los fieros osos polares, pero no hay osos polares.

—¿Osos polares? ¡Si hace años que se comieron el último! —dice uno de los tripulantes rusos, moviendo la cabeza en un gesto de incredulidad.

Aprovechamos un afloramiento de rocas lisas, sin vegetación, para quitarnos las mochilas. Dejamos a un lado las cámaras y la escopeta, y nos agachamos o nos sentamos a resguardo del aire. Es una brisa adusta, que viene de tierra, y, aunque ligera en este momento, transmite una sensación de inmensa fuerza contenida, como sucede con todo aquí. Cuando todos estamos colocados, el guía nos hace una sugerencia: callémonos, quedémonos quietos, en silencio, tan solo unos minutos, y limitémonos a escuchar.

Tenemos el mar, engañosamente encalmado, azul y sereno, poblado de icebergs, que se extiende hacia el este bajo un cielo ceniciento. Abajo, en la bahía, está anclado nuestro barco y, entre los pedazos de hielo de menor tamaño que se amontonan a su alrededor, parece una construcción muy compleja. Aunque es blanco, también parece sucio, como esas ovejas que, de pronto, cuando nieva, parece que están sucias. Detrás del barco, el lado opuesto de la bahía es una cresta marrón semejante a esta, y tras ella se ve una hilera de pináculos blancos, las puntas de los icebergs varados en una pequeña ensenada escondida. Hacia el oeste se alza una sierra de montañas marrones de poca altura, y detrás de esta cadena costera se insinúan los reflejos de algo que al principio tomé por unas nubes bajas, pero que, en realidad, es hielo, tal vez el borde del casquete polar. El aire es extraordinariamente claro.

Eso es lo que vemos. Lo que escuchamos, sin embargo, es el silencio. Poco a poco hemos entrado en el silencio más impresionante, un silencio radiante. Irradia de las montañas, del hielo y del cielo, un silencio mineral que ejerce una fuerte presión en nuestros cuerpos; un silencio que viene desde muy lejos. Es profundo, amenazante, y hace que mi mente parezca tan chillona como una bandada de gansos. Quiero acallarla, pero creo que me llevaría años. Echo un vistazo a los demás. Algunos miran a lo lejos, a la tierra distante o mar adentro; otros mantienen la cabeza baja, como si estuvieran en la iglesia.

Pasa un minuto, o, tal vez, dos, tal vez, cinco, y no se oye más que la brisa y este poderoso silencio... Y entonces pasa un cuervo volando sobre nuestras cabezas. Sé que a Polly le gustan los pájaros, así que la miro para comprobar que se ha dado cuenta, y sí, ha reparado en él; echa atrás la cabeza, alza una mano enguantada y calladamente se la pone de visera sobre los ojos. El pájaro, profundamente negro y

solitario en el cielo, se dirige tierra adentro, planeando. Él también guarda silencio.

Los vikingos utilizaban los cuervos para la navegación, pues en esas latitudes, en verano, no hay estrellas visibles. Las antiguas sagas cuentan que los pobladores vikingos de Islandia llevaban cuervos. Cuando no había tierra a la vista, y las embarcaciones cabeceaban entre las olas, soltaban un cuervo y lo observaban; el cuervo ascendía hasta que estaba lo bastante alto para ver tierra. Y hacia donde se dirigía el cuervo, ponían la proa de sus embarcaciones abiertas y lo seguían. Puede que fueran también los cuervos los que los trajeron hasta aquí, en alguna de sus travesías, hace mil años. Mil años. Un abrir y cerrar de ojos.

Silencio, me digo. Escucha el silencio. Dejo de mirar al cuervo, solo un instante, y cuando vuelvo a mirarlo, ha desaparecido.

No sé cuánto tiempo estuvimos allí sentados. Lo único que sé es que nunca había oído algo semejante, un silencio que podía rechazar los sonidos, igual que el viento ahuyenta una pluma. Cinco, diez minutos, minutos en toda una vida.

Hay quienes dicen que no se puede experimentar un silencio total, porque siempre oiremos el silbido de nuestros propios nervios. Lo que quiere decir que oímos el propio sistema nervioso que nos permite oír. Nervios, porque no somos hielo, ni roca, sino animales. Azuzados por el frío y el hambre. Hace frío, dicen nuestros cuerpos animales: mejor moverse. No pierdas calor, sigue cazando. Conque, pasados unos diez minutos, por una especie de decisión tácita, algún movimiento, o una tos, pone fin a nuestra experiencia del silencio profundo, y la vida nos pone en camino sin más tregua. Poco a poco nos vamos poniendo en pie. Polly me busca con la mirada, me sonrío tímidamente y se encoge de hombros, un gesto que le es característico y que he apren-

dido a reconocer. Iniciamos el descenso, de vuelta a las zodiacs. Nadie habla hasta pasado un buen rato.

Ahora es media tarde y apenas hay un momento de silencio; demasiada excitación. Estamos a bordo, en marcha, y vemos venir los icebergs. Aparecen delante de nosotros, uno tras otro, transportados desde su inmensa fábrica, el lejano glaciar Daugaard-Jensen, situado en la parte más alta del fiordo. Como una docena de nosotros, más o menos la misma docena que nos habíamos sentado esta mañana en lo alto de la cresta, nos asomamos por encima de la blanca proa de hierro, cada cual hasta donde se atreve: los fotógrafos con sus cámaras, los observadores de pájaros con los prismáticos, y todos dando voces para hacerse oír sobre el estruendo del viento y el zumbido de los motores. El viento no es ninguna tontería: podría desollarte viva; es un viento catabático, dicen, un viento de otoño que baja desde el casquete polar. Y hacia él nos dirigimos. Puedes entrar y contemplar el hielo desde el puente acristalado, pero ¿qué sentido tiene eso? Si quieres sentir la blanca, escalofriante, presencia de los icebergs, tienes que estar fuera, en la cubierta, pese al frío, o precisamente por el frío. Alguien grita: «¡Son tan... tan orgánicos!». Pero eso es exactamente lo que no son, orgánicos. Sus formas, sus contornos, no tienen objetivo alguno, no están adaptados para función alguna. Son inmensos y profundamente carentes de sentido.

Los icebergs descienden por el fiordo en una lenta procesión, uno a uno, más altos que el barco, cada vez más cerca. Y cada vez, pienso: «Ahora seguro que chocamos, seguro». Pero el barco siempre se desvía, grácil, justo unos grados, y el iceberg se aleja por babor o por estribor, suavemente. Cuando pasan, se alzan sobre nosotros como edificios, esculpidos y completamente blancos, a excepción de las fisuras de un

azul intensísimo. Pero también se sumergen, inclinados en diferentes grados de azul zafiro, descendiendo hacia el fondo de estas aguas de más de un kilómetro de profundidad, donde está la mayor parte de su existencia.

En el fiordo el mar está muy picado, y tiene un color gris. Entre un iceberg y el siguiente, pasan cabeceando fragmentos de hielo más pequeños, a veces semejantes a una barca mecida por las olas, a veces cual las alas de un ángel. Estos trozos pequeños parecen decoraciones navideñas, pero cuando el barco se da contra ellas suena igual que cuando golpeas con un palo un bidón de gasolina. Y a los lados tenemos los muros del fiordo, las laderas de las montañas. Me doy cuenta de que estoy completamente equivocada con respecto a la escala; la escala es gigantesca. A cada lado del fiordo, las cumbres de las montañas se alzan a una altura de casi dos mil metros. Parecen tan inánimes como los chapiteles de una catedral, pero ahora sé que a los pies de las laderas hay plantas, unas plantas que llevan una vida fugitiva, y animales, también. Los pequeños glaciares, algunos de ellos ya extintos montaña arriba, muy lejos de nosotros, traen restos de morrena y grava hasta el borde mismo del agua. Hay un momento de calma, solo se oye el viento, el motor, y entonces surge otro iceberg, acercándose a nosotros con la altivez de una modelo en la pasarela.

El siguiente iceberg le ofrece al barco una rampa tan suave como un trampolín para salto de esquí, en el mismo ángulo. «Venga, barquito, sube», parece decir, pero el barco declina la invitación. Lo dejamos atrás. Entonces aparece el siguiente, viene fiordo abajo: una tarta absurda, decorada con sombras azul marino. Y luego otro, alto como una casa de tres pisos con las paredes labradas en mil facetas lisas y duras, como el sílex. Bajo la superficie del agua tienen un azul que puede terminar atrápandote, igual que uno se puede quedar atrapado

para siempre en el silencio de esta mañana. Es semejante a un lento delirio, una fantasía que no puedes quitarte de la cabeza, pero con un sesgo de amenaza. Gritamos cuando aparecen, sin embargo, cuando se deslizan casi pegados al barco, sucede lo contrario: entonces nos callamos todos. Se oyen los clics de las cámaras, pero los icebergs no ofrecen nada, no sugieren nada, excepto un blanco nihilismo.

Pasado un rato el viento y el frío se hacen insoportables, así que dejo a los demás en la cubierta y avanzo por babor hasta la pesada puerta situada debajo de las balsas salvavidas, la abro y siento el bendito interior, con su leve olor a comida y a petróleo. La cierro, y se acaba el viento. Dos tramos de escalera, y estoy en el puente. Es igual para todos: parecemos gatos, siempre en el lado equivocado de todas las puertas; es en las puertas donde nos encontramos. Todos no, sin embargo; ahí están los mismos doce indómitos: el inmenso médico alemán, con su cámara fotográfica, aún más grande; el ornitólogo finlandés, el fotógrafo holandés, Polly, yo misma. El deseo de contemplar los icebergs, el temor a perdernos algo nos lleva a cubierta, al estruendo y al viento punzante, hasta que el deseo de un momento de calor nos vuelve a llevar dentro.

En el puente reina un calma cálida e idónea. Nadie grita, y, por supuesto, no gritan los oficiales. Unos amplios ventanales ofrecen, allende el mástil y la blanca proa del barco, una vista panorámica del fiordo por el que nos adentramos a un ritmo constante. Es un fiordo muy largo —el más largo del mundo—, y seguiremos navegando hasta el anochecer. Desde aquí, los icebergs parecen una confusa barrera, una barrera imposible de atravesar, pero el radar muestra algo distinto. Me gusta mirar la pantalla del radar, y me gusta mirar al capitán y a los oficiales cuando la consultan.

La pantalla tiene el tamaño de un televisor pequeño, y unas viseras colocadas alrededor la protegen de cualquier

reflejo o brillo indeseado. En un fondo negro, las paredes del fiordo aparecen como dos líneas verdes brillantes, rectas como los bordillos de una calle; los icebergs son el sarpuellido de puntos verdes que hay entre las dos. Los oficiales se mueven tranquilos entre la ventana y el radar, el radar y la ventana, escrutando ahora el uno ahora la otra, decidiendo el rumbo. Detrás del puente, en una pequeña alcoba, oculta de noche tras unas cortinas, hay una mesa iluminada por un flexo sobre la que se disponen los mapas, junto a las brújulas y los lápices; un *display* digital da las coordenadas del barco en cada momento, la latitud y la longitud, transmitidas vía satélite. El silencio del puente es semejante al de una biblioteca; solo se oye el leve zumbido, constante y tranquilizador, de la calefacción o la ventilación.

No tiene mucho sentido quedarse dentro. En cuanto te calientas, vuelves a querer estar fuera, pero no bien empujas la puerta con el hombro y levantas el pie para subir el alto escalón, de modo que vuelves a encontrarte bajo los botes salvavidas alzados en sus grúas, el viento te envuelve. Tienes que avanzar con la cabeza gacha hasta la proa, donde el muro te ofrece cierta protección. Polly había entrado a tomar un café, pero también ha vuelto a salir. Ha estado muchas veces por estas latitudes, y, sin embargo, no ha perdido el interés, le sigue entusiasmando. Está subida a un pequeño peldaño metálico encajado en la proa.

—¡Como una arponera! —dice, gritando.

—¿Y qué vas a arponear? ¿Algún narval?

Nos encantaría ver alguno.

—¡Narvales! —me contesta, soltando su risita característica.

Apenas vemos animales. Alguna pequeña foca ocelada sobre un témpano arrastrado por las aguas. Tienen una ex-

presión de alegre despreocupación, pese al austero mundo en el que viven, y al acercarse el barco, se sumergen. Y antes —el ornitólogo finlandés se puso a dar saltos por la cubierta helada, todo excitado—, habían aparecido sobre nuestras cabezas dos halcones gerifalte blancos, que se lanzaron al ataque de una de las gaviotas tridáctilas que han sido las compañeras constantes del barco. Los halcones trabajaban juntos. Uno (se le veían las franjas pardas del interior de las alas y de la parte inferior del cuerpo) intentaba que la gaviota ascendiera, mientras el otro se lanzaba hacia ella: hubo un giro súbito y un revuelo de alas y un montón de gritos de apoyo, pero la desesperada gaviota fue más ágil y se las apañó para zafarse de ellos y elevarse luego contra el cielo azul hasta desaparecer, con lo que los halcones desaparecieron también. Estamos todo el tiempo intentando ver vida animal entre los hielos inánimes. Me gusta la manera que tienen los pájaros de utilizar los icebergs, cómo se posan en ellos, parece que relajados, para que los lleven un trecho corriente abajo. Gaviotas hiperbóreas, uno o dos cuervos, otro halcón gerifalte blanco muy erguido.

Otro iceberg, y otro. Hay quienes dicen que los icebergs huelen, que huelen a pepino. Los icebergs huelen y uno puede oír su propio sistema nervioso. No sé. Aunque pasan lentamente y muy cerca, lo único que huelo es una indiferencia colosal, absurda.

Por fin, a última hora de la tarde, oímos el traqueteo del ancla descendiendo en una bahía, a salvo de los icebergs. En torno al barco, flotan a la deriva fragmentos de hielo, como guedejas o moños. El fiordo es aquí más ancho, menos infaliblemente espectacular; la geología ha cambiado. En lugar de los picos de basalto, lo que vemos son suaves colinas de roca erosionada por el hielo, parcialmente cubiertas de nieve.

El viento ha amainado, y en el agua encalmada se reflejan las colinas. No tardará en oscurecer, pero en las últimas luces del día observamos una familia de cachazudos bueyes almizcleros, subiendo esforzadamente una ladera (todos los fotógrafos están en cubierta, cámara en ristre). Los animales tienen el mismo color herrumbroso de la vegetación en la que pastan. Con esa cornamenta curva que enmarca sus caras mustias, los machos parecen travestis afligidos. Todos tienen en el lomo unos mechones de pelos de guardia blanquecinos, como si les hubiera caído una escarcha.

Cenamos, y al caer la noche, las aguas de donde estamos fondeados cambian. Me inclino sobre la barandilla de cubierta, intrigada por lo que veo unos ocho metros más abajo. El mar ha cambiado; ha pasado a tener un inquietante color verdoso, como de aguas estancadas, que me recuerda de pronto a una espantosa sábana de hule que mi madre sacaba a relucir, para nuestra más completa humillación, cuando mi hermana, mi hermano o yo pasábamos por una fase de mojar la cama. En cuarenta años no me había vuelto a acordar de ese hule, pero aquí lo tengo: ondulando en torno al barco, en un profundo fiordo del este de Groenlandia, anocheciendo, a 71 grados de latitud: poco a poco el agua salada empieza a congelarse.

Ha pasado la medianoche, y la oscuridad es total. Nos retiramos en un momento dado a nuestros camarotes y nos acostamos, pero ocho o diez nos volvimos a levantar, nos pusimos jerséis y anoraks sobre el pijama, botas, guantes y gorros, y ahora estamos en la cubierta de proa, en parejas o solos. Unos inclinados sobre la barandilla, otros en medio de la cubierta. No hay luz alguna encendida; la tripulación debe de haberlas apagado todas, de modo que hay que ir con cuidado de no tropezar en la oscuridad con el equipamiento del barco, los cabrestantes o el mástil. Aunque el viento ha

parado, hace mucho frío, y nos movemos con la mayor precaución, porque la cubierta de metal que pisamos tiene una capa de hielo. No hablamos, y si lo hacemos, es en susurros.

En este momento la tierra es una mancha oscura monótona, y el agua es negra, pero el cielo está lleno de vida. Todos miramos arriba, maravillados.

De un verde brillante, tornasolado, la aurora boreal reluce casi sobre nuestras cabezas. Se extiende contra el cielo estrellado como el vaho en un espejo, y se mueve. Las luces verdes cambian, se modifican, cruzando el cielo de este a oeste. Ahora es un velo verde esmeralda, un instante después, con un movimiento brusco, repentino, se transforma en un colorido cóctel que se vierte hacia algún lugar distante por el este. Parecemos un público —algunos la contemplan directamente, otros han vuelto a alzar sus cámaras—, un público que, de pie, en el frío intenso, mira hacia arriba en silencio. Pero no es un espectáculo lo que contemplamos; se parece más a observar el flujo de una mente: un ejercicio intelectual, después de la pasividad de los icebergs. No se trata de la representación de una obra acabada, sino de un nuevo borrador, de un nuevo cálculo. De hecho, como el verde de la aurora es exactamente el mismo que el verde de la pantalla del radar y del *display* digital que da la latitud y la longitud, la aurora parece más un hallazgo de la tecnología que un fenómeno natural.

Se dice que las luces suenan, que silban o soplan. El silencio, los icebergs, los bueyes almizcleros y, ahora, la aurora boreal: los fenómenos del Ártico. Por ellos hemos venido. Por eso estamos a la intemperie, en la gélida cubierta, a media noche. Las luces vuelven a cambiar. Un murmullo, el rápido clic del obturador de las cámaras.

Polly se acerca por detrás y a través de las muchas capas de ropa siento que me toca en la espalda con el dedo. Alza la cabeza y susurra:

—Cambian sin moverse.

Y es verdad. Me quedo pensando si hay otras maneras de cambiar sin moverse. Envejecer, tal vez, como estamos envejeciendo. O, a lo mejor, cambiar nuestra actitud.

Verde brillante tornasolado. Había una vez barcos balleneros que llegaban a estas latitudes con el mandato de regresar llenos de aceite y de barbas de ballena. Ahora la aurora se transforma en unas largas líneas verticales que me recuerdan a las barbas de las ballenas. Unas barbas que sirven de filtro, de tamiz. ¿Y qué filtran? Estrellas, almas, partículas. La noche ártica, se podría imaginar uno, es una gran ballena por cuyas fauces estuviera entrando nuestro barco.

Nos quedamos la una al lado de la otra, contemplado cómo se repliegan las luces verdes, para volver a abrirse un instante después, fulgurantes, igual que un acordeón, como lo hacen los que saben de verdad barajar los naipes. Es un movimiento que debería emitir algún tipo de silbido, pero el silencio es absoluto. Las luces tienen algo que reconozco: una inquietud, un descontento con su propia manera de exhibirse.

Pero:

—¿Dónde está el resto? —digo en un susurro.

Además de los pocos que estamos en cubierta, se ven las siluetas de algunos más detrás de las ventanas del puente. El puente, caldeado y tranquilizador, con sus competentes oficiales y sus instrumentos relucientes. ¿Dónde están? Mi compañera de camarote pega los brazos a los laterales de su grueso anorak de plumas, muy erguida, y me susurra una respuesta:

—Pues deben de estar durmiendo.

Sonríe, como si hubiera estudiado hace tiempo la condición humana, y luego hubiera pasado a otra cosa.

O puede que se deba al frío. Este frío no es ninguna broma. Sinuoso, penetrante, empieza a metérsenos en los huesos.

Puede que el frío les llevara a decidir no hacer caso de los vehementes llamamientos de la megafonía para salir a ver las luces árticas en todo su esplendor. Puede que, como sugiere Polly, estén acostados en sus camarotes, como caballeros de alabastro en una tumba, transformándose sin moverse. Una vez más las luces cambian y respiran. Alguien suelta un grito ahogado y luego se ríe suavemente; las cámaras disparan.

¿Y dónde están también los animales? ¿Qué hacen por la noche, bajo las estrellas y la aurora los bueyes almizcleros, los halcones gerifalte y la gaviota tridáctila que salvó la vida? Me gusta la aurora boreal: esa inquietud verde es elegante y, al mismo tiempo, compulsiva.

Una vez le pregunté a mi amigo John, medio en broma, por qué éramos tan compulsivos. De día, John trabaja con drogadictos; y de noche, es poeta. Me respondió, medio en broma: «Mi trabajo no es dar respuestas, sino plantear más preguntas, ¿sabes? Piensa en esto: tus átomos han estado burbujeando por ahí durante cinco mil millones de años más o menos, y durante cuarenta y tantos de esos años han sido tan conscientes de su existencia como tú. Pero no tardarán en irse a burbujear de nuevo por ahí, criando malvas o lo que sea, y nunca volverán a reconocerse como la suma de ti. Así es la cosa. ¿Y me preguntas por qué somos compulsivos? Por qué no hay más gente compulsiva, me pregunto yo. ¿En qué están pensando?».

No tengo ni idea de en qué estará pensando la gente en general. Justo ahora, yo estoy pensando en que si pudiéramos degustar la verde aurora boreal, nos burbujearía en la boca y nos sabría a *crème de menthe*. Justo ahora, Polly y yo jugamos a ver quién encuentra la Estrella Polar, vía la Osa Mayor. Solo por diversión; nosotras no tenemos que buscar

la ruta de vuelta a puerto como los antiguos barcos balle-
neros, mediante las estrellas y los sextantes, o incluso los
cuervos. Por fin la localizamos y, con fingida solemnidad, la
saludamos. Nos muestra el camino hacia el norte. Siempre
hay algo más al norte. Vemos dos estrellas fugaces, y un sa-
télite siguiendo su curso.

Nos estamos congelando. Y de nuevo, la oscilación, los
impulsos de nuestra mente, nuestra mutabilidad, nos dice
que ya basta. Suficiente silencio esta mañana; suficiente au-
rorora boreal ahora, gracias. Ya hemos tenido suficientes ma-
ravillas naturales por hoy, fascinantes, misteriosas y salvajes:
nosotras también vamos a retirarnos.

Desveladas, Polly y yo charlamos tranquilamente en la oscu-
ridad. La parte que corresponde a cada una en el camarote
está separada de la de la otra por una cortina, así que Polly
es solo una voz, una cadencia musical, una risita apesadum-
brada. Me cuenta que hace algunos años, cuando tenía más
o menos la edad que yo tengo ahora, enfermó repentina-
mente. Como consecuencia de la enfermedad empezó a
cuestionarse muchas cosas y tuvo que pasar por un proceso
de reajuste interno, que fue espantoso, pero también libe-
rador. Me imagino los sucesos que me va contando como
si se plasmaran con el mismo verde inquieto de la aurora
boreal en la oscuridad de la mente, revelando lo oculto, al
igual que la pantalla del radar del barco. O, tal vez, es como
chocar con un iceberg en el medio del mar de la vida. Esas
cosas pasan. Puedes mirar a lo más profundo del azul más
cautivador y no saber dónde estás. Polly sigue trabajando la
tierra, igual que lo hacía antes de que le sucediera lo que le
sucedió, cultivando alimentos en un suelo rico. Dice que es
una «campesina». Sin embargo, todos los años desde aquel
reajuste de su vida, me dice, ha conseguido ahorrar para ha-

cer un viaje como este, al Ártico, donde no hay ni frutos ni cosechas, solo la tundra y rocas y hielo.

—¿Y qué te trae aquí? —le pregunto.

—¡Los pájaros me traen! —Se ríe, y su acento hace que suene como si viajara en un carro tirado por ocas.

—Siento que hayamos llegado demasiado tarde para ver las ocas... —le digo.

Y de nuevo, vuelve a surgir de la oscuridad esa risita suya.

—Ya, pero ahora están en mis campos. ¿Y tú? —me pregunta.

—Yo... Nada parecido... —digo, y pienso: «No he estado enferma, todavía, ni me ha sucedido ninguna calamidad. —¿Qué me trae hasta aquí? Pues así, de primeras, no lo sé. Pero llevo treinta años sentándome en lo alto de unos acantilados u otros, contemplando los horizontes. Desde las islas Orcadas, desde las Shetland, desde St Kilda...».

—Conozco todos esos lugares. Y querías saber lo que había más allá, ¿no?

—No exactamente. No, nunca lo pensé. Hasta ahora, muy recientemente. De pronto deseé cambiar mi mapa. Algo se había acabado. Algo estaba cambiando.

Puede que la aurora boreal suene o puede que no, pero creo firmemente que nos desveló. Tanta energía. Por la mañana, en el desayuno, algunos están de acuerdo, pero otros se burlan de la idea: están a casi 130 kilómetros de distancia, ¿cómo van a desvelarte? No son más que partículas cargadas de electricidad y atrapadas en el campo magnético de la Tierra. Es verdad, ¿pero no lo estamos todos?

En cualquier caso, todos los que estamos haciendo este viaje somos turistas. Tal vez también en un sentido más amplio,

en el sentido del que hablaba John en su carta. Hoy estamos aquí, y disolviéndonos en el silencio, criando malvas, mañana.

No me siento cómoda con que, entre el lugar, un vasto paisaje completamente nuevo, y yo, hayan de mediar unos guías, pero así es la cosa. Aquí sola, en este frío, en el hielo, no duraría ni cinco minutos.

Entre los pasajeros hay médicos, dentistas e ingenieros: personas, se diría, con una certeza profesional. Y hay también gente como yo —y como Polly, me imagino— que no sabemos qué somos. Gente que lo único que sabe es que la vida es corta, que estamos en la superficie de un silencio poderoso, en la superficie de un fiordo con cerca de dos kilómetros de profundidad y poblado de icebergs, y que nos impulsa una especie de fuerza vital, verde y titilante.

Y yo también floto en la superficie del conocimiento. De la climatología, por ejemplo. El casquete polar tiene casi cuatro kilómetros de profundidad. En el año 2003, un equipo que llevaba siete años perforando los hielos de Groenlandia para sacar muestras del núcleo dio finalmente con un lecho de roca. Se calcula que el hielo en el fondo del núcleo tiene 20 000 años. Están sacando de su silencio al pasado profundo, despertándolo para interrogarlo sobre los cambios acaecidos. Hay personas que se arrastran por los glaciares, midiendo su velocidad, la fuerza de sus movimientos y su producción de icebergs. Juntos nos traen noticias preocupantes desde los lugares más remotos. Surco la superficie del conocimiento, un resplandor por aquí, un silencio por allá.

Abruptamente, como si hubieran dado un portazo en algún lugar más al norte, el tiempo cambia. Las nubes descienden por las laderas de las montañas y, de pronto, a la tarde si-

guiente, empieza a nevar y nevar. Un poco después, la gente de Ittoqqortoormiit —una pequeña población de casas con apuntados tejados, donde aúllan los perros que tiran de los trineos— nos dirán que este año ha sido raro, que no ha habido ni primavera ni otoño, solo —¡pum! — un breve verano y —¡pum! — otra vez el invierno. Puede que las ocas hayan sentido llegar este cambio, por debajo de su griterío, a través de ese silencio atroz, y hayan elegido ese momento para partir. Y los halcones gerifalte. Tal vez, sugieren los ornitólogos, estamos viendo tantos halcones gerifalte porque vienen de lugares situados aún más al norte. Si cae mucha nieve y luego se congela, dicen los naturalistas, los bueyes almizcleros morirán de hambre.

No vemos las laderas del fiordo, solo las nubes. Las cubiertas y las barandillas y las estructuras superiores del barco no tardan en estar cubiertas de nieve. El barco se convierte en un delicado navío de aparejos blancos, pese a su metálica modernidad y su casco reforzado a prueba de hielos. Y yendo de un lado al otro del barco pienso, y no es la primera vez, en los marineros, los balleneros y los exploradores del siglo XIX, en las historias que han llegado hasta nosotros de cómo se encontraban de pronto atrapados en la oscuridad ártica. Cuando la nieve cae en el agua, no se funde. En lugar de fundirse, se aglomera, formando unas pelotas blandas, como discretos terrones, hasta que toda el agua a nuestro alrededor parece el pellejo de un animal, que se eleva con el oleaje, como si respirara.

Mirando el agua nevada, de pronto me entran unas ganas imperiosas de alejarme de allí, de dirigirme hacia el sur.

—¡Como una oca! —dice Polly y me pellizca en el anorak de plumas—. ¡Eso es porque eres una oca!

Durante la noche conducen el barco fuera del fiordo, sorteando los icebergs en la oscuridad y bajo una nieve constante. Una navegación difícil, no es necesario que me lo di-

gan, pero los dos oficiales de guardia, muy guapos, aunque apenas sonrían, parecen impasibles en su tarea. Hay poca visibilidad, pero el radar, con su verde aurora boreal, revela los icebergs. El primer oficial se inclina sobre el radar y luego va a mirar a la ventana. No sé qué estará pensando. De vez en cuando levanta el brazo y acciona una manija situada en el techo que controla un reflector montado fuera, en la cubierta superior. Al girarla, un haz de luz recorre el entorno de la proa del barco, de babor a estribor, localizando los icebergs en la oscuridad. Iluminados por el reflector, los copos de nieve refulgen en la oscuridad.

Después de estar un rato largo observando desde el puente, salgo a cubierta, empujando las pesadas puertas y pasando de repente al estruendo del motor y al frío. Esta vez, sin embargo, no voy al frente, sino a la cubierta de popa, donde se estiban las zódiacs, bajo su cabestrante. Las barandillas están cubiertas de nieve, igual que el suelo. No hay cielo, ni estrellas ni aurora boreal, solo nieve. Ahora los icebergs parecen más siniestros. Blancos, iluminados por las luces del barco, pasan a nuestro lado, deslizándose con una extraña majestuosidad, y se quedan atrás, en su estela, reduciéndose y reduciéndose hasta que no son más que un lejano resplandor en la oscuridad, como la sonrisa del gato aquel de *Alicia en el País de las Maravillas*, que podía desaparecer hasta que solo quedaba su sonrisa. Aguanto todo lo que puedo y vuelvo al calor del puente.